

VIII.

LA VUELTA.

En cuanto Octavio llegó á san Francisco fué al consulado de Francia á recoger una carta de su hermano, única que le entregaron después de diez y ocho meses de ausencia. Después de algunas noticias sobre los negocios públicos, proseguia Fernando de esta manera.

“Grandes cambios han tenido lugar en el interior de nuestro domicilio. ¿Por qué motivo querido, Octavio, no has podido ser testigo de ellos!.... Sí; testigo; porque esta es la palabra, cuando se ventila el

002853

asunto de matrimonio. Te vas á admirar cuando sepas que tu hermano se ha casado, y que espera ser dentro de poco padre de familia. Después de tu partida, la tristeza se apoderó de nuestra casa, y parecia que tú habias llevado en las velas del buque nuestra alegría y nuestro placer: nuestra infeliz madre perdía de dia en dia sus fuerzas y su buen humor: todos mis esfuerzos para consolarla eran inútiles: y entonces creí que el mejor medio de conseguir mi objeto era darla una hija amable y rendida que volviera á traer á nuestro hogar la dicha que se habia huido por tanto tiempo. Encontré en Eugenia P. . . . hija de un digno y anciano empleado de las herrerías, la mujer buena, piadosa y sencilla que yo buscaba. Mi madre no podía ciertamente anhelar otra hija. Si hubieramos tenido una hermana se hubiera parecido sin duda á mi dulce y amada Eugenia. No te puedo decir mas, sino que ella escuchó benigna mis palabras, y que hace ocho meses que nos casamos."

—¡Qué locura! ¡Casarse sin tener lo necesario!

Parecia que la carta respondía á su pensamiento, porque seguía en estos términos.

"Las ideas que tú has formado sobre la felicidad, querido Octavio, te harán tal vez considerar mi casamiento como un acto de imprudencia, porque somos pobres, porque no está asegurado nuestro porvenir, y porque nuestra existencia depende de mi trabajo.

Pero tú conoces bien mi modo de pensar. Una Providencia paternal vela sobre nosotros: en ella es quien yo confío, porque jamás abandona al que lleva su tributo á la sociedad perpetuando la familia, y la dirige por la senda del deber. ¡Léjos de mí la estéril desconfianza! ¡Lejos de mí los ambiciosos cálculos que matan de un golpe la fe en Dios y las nobles afecciones del padre y del esposo! Yo no esperaria la fortuna con el objeto de gustar sus dulzuras, rompiendo los mas sagrados lazos, para buscar una compañera confidenta de mis goces y de mis cuidados, y para rodear mi hogar de muchachos, esperanza de mi vejez.

"No: yo en medio de esta dicha legítima, apetecería otro bien mayor, mas vivo, mas puro aun, la dicha que disfruta el cristiano; esto es, la fe en la Providencia. Nosotros disfrutamos de todo lo que Dios tiene á bien concedernos: de un módico jornal, de un delicioso paseo en los campos, de un dia de reposo pasado en familia. . . . ¡Ah! El pobre saborea mil bienes que apenas perciben los ricos.

Pero basta ya de moral. ¡Ojalá puedas tú dentro de poco ver en accion el cuadro que te acabo de pintar, y venir á aumentar con tu presencia la felicidad de tu hermano y de tu primer amigo!

FERNANDO BERTHAUD."

—No les hará daño un poco de dinero. Es preciso dorar con algo su decantada felicidad. Dijo interiormente Octavio con el benévolo aplomo de un rico.

Entretanto esta carta habia despertado en su corazon los invencibles derechos de la patria y de la familia: todos sus deseos, deseos de corazon y de vanidad, se dirigian hácia la Francia. Embarcóse por fin henchido de placer, anhelando con todo afan el instante de pisar su patrio suelo, y soñando en la nueva vida que se proponia abrazar. Todos los obstáculos estaban ya allanados: la fortuna con tanto empeño buscada estaba en su poder, y con ella habian llegado los placeres, las satisfacciones, Paris y sus encantos, la vida del poderoso castellano con su dignidad; después la ambicion satisfecha, los honores siguiendo á la riqueza, y el oro abriendo el camino del mas brillante porvenir.

Estos deliciosos sueños ocuparon su imaginacion en la travesía que fué larga pero dichosa. El corazon de Octavio se conmovió de placer cuando llegó á respirar las primeras brisas que llegaban de Francia; cuando vió oscilar en el Golfo de Gascuña, las embarcaciones de los pescadores, cuando el piloto, llegado de Burdeos, entró al buque, y sobre todo descubrió en el horizonte una línea de un blanco parduzco. . . . “¡Allí está la tierra! ¡la tierra de Francia!..

En cuanto Octavio llegó á Burdeos, tomó una si-

lla de posta y se puso en camino hacia Orleanés. Su alegría crecia á medida que se aproximaba á su país natal, patria en miniatura engastada en su floreciente patria. Con un regocijo sin cuento contemplaba el enriquecido minero, los árboles, las campiñas, los campanarios dominando sobre los tejados de las ciudades: todo estaba revestido para él de un indecible encanto, hasta los nombres franceses que leia sobre las señales colocadas en los caminos, y aun los secos páramos de la triste Soloña, en medio de los cuales no echaba de menos la agradable sombra de los gigantescos árboles del Nuevo Mundo.

Inundado con el placer que siente el desterrado al pisar su patrio suelo, llegó á las primeras horas de la tarde á la vista de Cosne; y experimentó en su corazon una tierna conmocion de inefable dicha al ver bajo la niebla de un dia de otoño, el pueblito colocado en el valle de Loira, y encima suspendida cual un nido de águilas en los flancos de una montaña, la antigua ciudad de Sancerre. Octavio mandó que se detuviera el carruaje, y llevando bajo el brazo su pesado y precioso cofrecito, se dirigió á pié hácia la casa de su amada madre. Era ya casi de noche cuando llegó.

La puerta solo estaba cerrada con el picaporte, el que levantado sin hacer el menor ruido, le dió entrada hácia un corredor bien conocido. . . . Muchisima luz salia del corredor. . . . Octavio se detuvo con

el corazón palpitando de ansia, y miró á la luz del fuego que lanzaba sus vivos resplandores, todo lo que pasaba en aquella pieza. Su anciana madre estaba sentada cerca del fogón: sobre sus rodillas reposaba una criatura que contaría de edad solo algunas semanas á la cual estaba envolviéndola en limpios pañales, acompañando tan maternal ocupacion con caricias y palabras tiernas dirigidas al inocente niño.

Junto á una mesa, sobre la que ardía una lámpara, estaba una mujer jóven, de fisonomía dulce y cándida que se ocupaba en coser un vestido para el recién nacido sobre quien fijaba de vez en cuando los ojos para mirarle con el cariño de una amorosa madre, y que los separaba de él para dirigirlos después á su esposo Fernando que, colocado enfrente de ella, escribía atentamente. El dibujo de santa Teresa empezado por Octavio y acabado por Fernando, estaba colocado sobre la chimenea: en todo lo demás se notaba el mismo órden que existía antes de que el recién llegado abandonara su casa; y tan embebecido se hallaba Octavio con la vista de tan queridos objetos que hubiera olvidado sus largos viajes si no hubiera sido por el peso del cofrecito que llevaba en la mano. A un movimiento que hizo, la señora Berthaud, dirigió los ojos hácia la puerta. . . . Su presago corazón adivinó al instante lo que su vista apenas le permitía descubrir. . . . y poco después Octavio recibió en sus brazos á la mujer á quien debía la

existencia. . . . Fernando y Eugenia se levantaron también, y el viajero se vió colmado de caricias por aquellos seres que tan caros eran á su corazón.

—Aquí tienes á mi mujer. . . . Aquí tienes á mi hermano Octavio. . . . á mi hijo. . . . exclamó Fernando con orgullo: le hemos puesto tu nombre. . . .

—El nombre de un tío de América: dijo la señora Berthaud, con dulce malicia.

—Sí, madre mía; respondió Octavio: la América no me ha engañado.

Pero nadie hizo aprecio de estas últimas palabras. Todos estaban engolfados en la alegría de haber encontrado el inestimable bien que por tanto tiempo estuvo ausente. En fin, después que acabaron de cenar, Octavio tomó la palabra y dijo:

—No ha sido infructuoso mi viaje: la fortuna me ha favorecido, y he vuelto á mi patria colmado de riquezas.

—Mucho me alegro, querido hermano, respondió Fernando con la calma mas completa.

—Y debes alegrarte, porque el bien redunda en beneficio de todos nosotros. Tú abandonarás tu taller, tu fragua y tus registros: viviremos todos juntos en París en el invierno y el estío en el campo. ¿Te parece bien mi plan? ¿Qué decís vos, Eugenia?

La tierna esposa no se atrevió á responder: puso

sus hermosos ojos sobre su marido, esperando con ansiedad su respuesta.

Fernando contestó con la mayor dulzura:

—Gracias, Octavio: reconozco en esto tu fina amistad.

—Es cosa concluida. . . . harás tu dimision: dentro de diez dias estaremos establecidos en Paris, y tomaremos parte en todos los placeres del invierno.

—Yo no he dicho tal cosa.

—¡Cómo!

—Yo te doy infinitas gracias por tu generosidad; pero no puedo aceptar tus ofertas, y permaneciendo fiel á nuestra independecia, creo ser el intérprete de los votos de mi amada esposa.

—¡Oh! sí: sin duda: exclamó vivamente Eugenia. ¡Somos tan felices aquí! ¿Para qué cambiar?

—Para estar mejor, encantadora hermana.

—Mejor es ya imposible: yo estoy contentisima en esta casita; al lado de mi madre, de mi hijo y de mi esposo en quienes cifro todo mi placer.

—Pero Fernando debe trabajar desde la mañana hasta la noche.

—¡Dios me libre de que pasara un dia sin trabajar! exclamó Fernando.

—Aquí carecereis de multitud de cosas.

—¿Las personas ricas que has conocido, han sido mas dichosas porque han poseido mas cosas? preguntó Fernando.

Octavio se encogió de hombros.

—¿Y los placeres? respondió por fin.

—¡Disfrutamos aquí de tantos! volvió á exclamar Eugenia: nuestras flores, nuestros libros, nuestros paseos, y nuestro querido hijo. . . .

La conversacion continuó de esta manera, manifestando la esposa de Fernando la plenitud de su dicha, disfrutada sencillamente, y su marido el valor de una alma que encuentra mayor alegría en el trabajo que la que encuentran otros en medio de la molición y de los goces.

Octavio cansado, contrariado, y algo descontento se volvió hácia su madre que habia estado escuchando todo en silencio.

—¿Y tambien vos, madre mia, desdeñareis mi fortuna?

—Si ella te hace dichoso y bueno, hijo mio, yo bendeciré al Señor; pero tu padre y yo hemos sido dichosos sin ella.

—Yo os quiero probar, madre mia, que se puede tambien ser feliz con los bienes de fortuna; y yo espero que consentireis en acompañarme á Pa-

ris, y á vivir conmigo hasta que tenga la felicidad de encontrar otra Eugenia.

La anciana palideció á esta proposicion no obstante la ternura que resaltaba en Octavio hácia ella.

Pero dejar al otro hijo, á su tierua esposa y al ángel que le habian dado: dejar su casa, sus antiguos amigos, sus costumbres, el pueblo donde habia pasado su vida, la iglesia donde tantas veces habia orado, donde sus hijos se habian bautizado; no ver ya el cementerio donde bajo una cruz de madera negra descansaba su marido y oia sus plegarias; entrar á los cincuenta años en otra esfera, adoptar otras costumbres, abrazar otras ideas. . . . ¡qué serie de sacrificios. . . . qué porvenir de trizteza y de esfuerzos!...

Entre tanto el alma de aquella amorosa y cristiana madre, se resignó: conoció que no podia rechazar los pensamientos de Octavio sin causarle un gran dolor, sin derramar en su corazon el germen del desafecto, y aunque le costó mucho, después de algunos instantes de silencio, le dijo tendiéndole la mano.

—Acepto, querido hijo, tu proposicion, y en tí coloco mi porvenir.

Octavio quedó satisfecho: explayó largamente sus pensamientos: agotó su imaginacion en proyectos; proyectos de lujo y de fiestas, en los cuales su ma-

dre tomó parte con una sonrisa bajo la cual procuraba ocultar su tristeza; y las doce de la noche dieron en la torre cuando estas cuatro personas, agitadas de encontrados sentimientos, se separaron para ir á descansar.



ca, y recibiendo las gracias mas expresivas de la señora Berthaud, la juzgó, calculando por lo que en él pasaba, en el colmo de la dicha.

Empeñado en realizar todos sus pasados sueños, quiso hacerse de relaciones, lo cual consiguió facilmente. El *buscador de oro* era entonces el seductor, ó como dicen los franceses el *leon* de la época, á quien no faltaban cortesanos aduladores, ni falsos amigos.

Allí se encontró con Enrique Clusaye que gozaba de una posicion ventajosa y de una regular fortuna. Todo se le facilitaba á Octavio enriquecido: los placeres de la populosa ciudad por tanto tiempo deseados, le ofrecian sus encantos: el jóven minero se acostaba sin temor y se levantaba sin cuidados: su vida se deslizaba en un ocio continuo, amenizado de toda especie de diversiones.

En el interior de su casa nada habia que pudiese repugnar su vista: ni vulgares economías, ni escasez en el ajuar ni en el servicio: nada de tristes previsiones. . . . ¡Vivia en fin! . . .

Con frecuencia repetia Octavio interiormente estas palabras: *¡en fin, vivo!* . . . Y sin embargo, dentro de sí mismo sentia no ya la ardiente actividad de la existencia, sino un profundo, un incurable disgusto. Habian pasado para él los dias de la juventud en que cualquier cosa inesperada le causaba una sensacion; en que un paseo en el campo, una luminaria entre los

árboles, la vista de una flor, la lectura de un libro nuevo, era para él un acontecimiento notable: habian pasado ya los dias de trabajo, corridos en las orillas de Yuba, donde huyen las horas con la rapidez de los minutos: los sueños de entonces eran la realidad presente; y extravagante condicion del hombre; rodeado del placer de estas realidades, echaba de menos Octavio sus sueños; y contaba en el número de sus mejores dias, aquel tiempo en que procuró adquirir lo mismo que ya poseia.

En pocos meses se habia hastiado de unos placeres tan uniformes y superficiales, no obstante su aparente variedad: espectáculos, bailes, fiestas, banquetes, nada en fin habia que picase su curiosidad; y privado de una ocupacion útil y regulada, sentia las pesadas é inexorables huellas de las horas. Entre las relaciones que habia formado, y que recibia unas veces en su casa, y á quienes otras las iba á visitar á las suyas, no consiguió hallar un solo amigo; un solo ser que le diese saludables consejos, ó señales inequívocas de un desinteresado afecto.

En la inmensa locura que puebla la capital de Francia, Octavio se encontraba solo, por decirlo así, con su querida madre; ocioso, sin gusto, sin deseos, sin ocupacion, y por consecuencia, aburrido y desgraciado.

La señora Berthaud era aun mucho mas infeliz que su hijo, viéndose obligada á vivir en la molicie y en

medio de una fortuna imprevista. Todo la molestaba y la entristecía: la infeliz no se atrevía á mandar á sus elegantes criados, cuyo tono impertinente y altanero la obligaba á guardar silencio: los hermosos muebles no lisonjaban ni su regalo, ni su vanidad; pero sí contrariaban sus costumbres sencillas y graves: así es que ni el elegante tocador que su hijo le habia regalado, ni la abundancia de dinero que no convenian ni á su salud ni á su sobriedad, la podian minorar en nada aquel disgusto interior que atormentaba sin cesar á la buena anciana. Esta mujer dulce y benévola, esta madre de familias digna y piadosa, se encontraba como extranjera en medio de aquel mundo á donde su hijo la habia conducido; mundo brillante y ligero, que no podia estar en armonía con el gusto sencillo y modesto de la señora Berthaud. Para ella los placeres con que la brindaba Paris, no tenian ningun aliciente: todo su afán era, como se lo decia á Octavio, distribuir parte de sus nuevas riquezas entre los seres mas necesitados; pero aun así sus buenas intenciones se vieron burladas. Los intrigantes que abundan siempre en las poblaciones grandes, excelentes cómicos de virtud y de miseria, abusaron de la crédula bondad de la señora Berthaud: y hubieran casi apagado su caridad, si la caridad cristiana pudiera apagarse alguna vez, y si no estuviera opoyada sobre la esperanza y sobre la fe.

Octavio procuraba persuadirse del mejor modo po-

sible, y contra la conviccion de su propio disgusto, de que era solo una idea de su imaginacion la marcada tristeza que veia impresa en la frente de su amorosa madre. El se llamaba dichoso, y hubiera querido de buena gana creer que lo era, pero una extraña revolucion se notaba en su carácter. Sus esperanzas engañadas le irritaban: el disgusto que le perseguia por todas partes estaba fijo en todos sus pensamientos: descontento de sí mismo, y descontento de los demás, veia sobre todo con un disgusto inexplicable, el oculto pesar de su madre, y la inutilidad de las riquezas para constituir la dicha del hombre; verdad que él queria encubrir á su propia razon, pero que le perseguia por todas partes, en las diversiones, en las reuniones, donde encontraba tantos secretos disgustos, y en su casa, donde su madre procuraba en vano disimular bajo una aparente calma, los sentimientos de su corazon.

En estos instantes de amarga conviccion, se irritaba Octavio contra todo lo que le rodeaba. No se le podia decir nada sin herirle: sus mas bellas cualidades parecian ya desnaturalizadas: la compasion misma, virtud sublime que habia heredado de su buena madre, se habia cambiado en altivez y en dureza: porque no habia recibido con la riqueza las nobles tradiciones de una generosa benevolencia, legado hereditario de algunas familias.

Un dia avisaron á Octavio que un jóven pregunta-

ba por él: salió á ver quién era y lo que le quería, y al cabo de algunos minutos volvió á entrar á la sala con aire descontento y sombrío. Se paseó algunos instantes guardando el mayor silencio, y volviéndose en fin hácia su madre que le observaba, exclamó!

—¡Coucebid lo que son estas gentes!.... Ved ahí al hijo de Morel, nuestro antiguo vecino de Cosne, que viene como él dijo, á valarse de mí, á solicitar mi apoyo en sus apuros.... Venia á ver cómo me podía sacar algunos centenares de francos.... ¡como si yo hubiera ido á América con el fin único de adquirir algo para ellos!....

—Pero Octavio: tal vez ese infeliz se encuentra en una afliccion extrema.

—Así lo dice él; ¿pero quién nos asegura que eso es la verdad?

—Son muy buenas gentes todos los Moreles. ¿Qué es lo que te ha dicho ese pobre muchacho?

—Que es ebanista que ha trabajado por su cuenta, que ha perdido mucho dinero por las quiebras de algunos y por la enfermedad de su mujer: que tiene que pagar mañana una libranza de quinientos francos.... que no tiene ni medio real.... y en fin que si no paga le conducirán á la cárcel....

—¿Y él te ha pedido?....

—¿Que le preste la suma que le falta, jurándome que me pagará interés y principal.

—¿Y tú que le has respondido?

—Le he negado lo que me pedia.... Seria el cuento de nunca acabar si fuese preciso oír á todos, albañiles, comerciantes en pequeño, escribanos, agentes de beneficencia, loterías.... esto es una enfermedad; y todo el oro de Californias no seria suficiente.

—Sí, gracias al cielo.... De almas caritativas es pedir á los ricos lo supfluo, para aplicarlo á las necesidades de los pobres. Pero Morel ¿qué te ha dicho?

—Se retiró dándome mil excusas.

—¡Ah! ¡Octavio!....

—¿Me condenais? ¿he hecho algun agravio á ese hombre? ¿Por qué no se quedó de jornalero lo mismo que su padre? ¿por qué se estableció? ¿para qué tuvo esa sed de ganar?....

—¡Octavio!.... volvió á decir la señora Berthaud que habia palidecido oyendo la diatriba de su hijo.

—¡Es cierto!.... yo me impaciento, porque no puedo encontrar la paz en ninguna parte, ni en la calle, ni aquí.... vos parece que sois desgraciada, y estas gentes me acosan como á un animal montés.... ¡Y todo esto porque soy rico!....

—Tus riquezas, hijo mio, servirán siquiera por la vez primera para alguna cosa útil. Yo voy á enviar á Morel los quinientos francos.

Octavio no se atrevió á responder á estas palabras pronunciadas con la autoridad de una madre; pero su cólera se tornó en una profunda tristeza.

Por la noche volvió á ver á la señora Berthaud y le dió todas las excusas necesarias, que la buena madre recibió con dulzura, aunque sentía en su corazón una angustia incurable. Retirada á los piés de su crucifijo, se lamentaba á Dios diciendo:

—Mi pobre hijo va á volverse perverso: ¡quítadle, quítadle ya esta fortuna!....



X.

PODER DEL ORO.

Ya llevamos dicho que Octavio había renovado sus relaciones con Enrique Clusaye su antiguo amigo. Entre tanto este, no bien supo la repentina fortuna de su compañero de colegio, no pudo reprimir un movimiento exterior de sorpresa, ni un movimiento de envidia en su interior. Había hasta entonces apreciado á Octavio considerándolo como á igual suyo; pero al verle enriquecido, al verle colocado sobre el pedestal á que él procuró subir con mil penas, no lo juzgó ya como su amigo, sino como á un objeto de